DE CHIRE A JUNÍN Y AYACUCHO. LAS VICISITUDES DE LA CABALLERÍA COLOMBIANA EN LAS GUERRAS DE INDEPENDENCIA DEL SIGLO XIX

Jorge Mauricio Cardona Angarita
Teniente Coronel - PhD. en Ciencias Sociales y Humanas
República de Colombia

Resumen

Desde el combate de Chire en las Provincias Unidas de la Nueva Granada en 1815 hasta las batallas de Junín y Ayacucho en 1824, el lancero llanero colombiano, forjó su carácter en el agreste terreno de la geografía venezolana, neogranadina y quiteña, como también en las batallas y combates acumulados en las guerras de independencia de inicios del siglo XIX. Esta condición le permitió al llanero colombiano enfrentar sin temor a las experimentadas tropas realistas veteranas de las guerras napoleónicas, las cuales se encontraban en territorio peruano bajo el mando del virrey José de La Serna entre 1823 y 1824. En este sentido, mediante un método inductivo / cualitativo y mediante el objetivo de analizar las campañas militares colombianas de caballería de 1815 hasta 1824, se dio respuesta a la pregunta de investigación sobre ¿cuáles fueron las vicisitudes de la caballería colombiana durante los nueve años precedentes a las batallas de Junín y Ayacucho, las cuales permitieron consolidar la independencia de Colombia y el Perú? Bajo la sombrilla de la historia cultural de Max S. Hering y Amada Carolina Pérez y las categorías de estrategia y táctica de Antoine-Henri Jomini en una corriente historiográfica desde abajo, se analizaron las acciones de los lanceros, quienes como máxima representación de la caballería colombiana desde el siglo XVII fueron cultivando dentro de sus imaginarios a un guerrero victorioso que inició con emplear a caballo lanzas de palma de cubarro para cazar toros cimarrones, para luego enfrentar experimentados soldados españoles de las guerras napoleónicas.

Palabras claves: Caballería – estrategia – táctica – República

Abstract

From the combat of Chire in the United Provinces of New Granada in 1815 to the battles of Junín and Ayacucho in 1824, the Colombian llanero lancer forged his character in the rugged terrain of Venezuelan, New Granada and Quito geography, as well as in the battles and combats accumulated in the wars of independence at the beginning of the 19th century. This condition allowed the Colombian llanero to face without fear the experienced royalist troops, veterans of the Napoleonic wars, who were in Peruvian territory under the command of viceroy José de La Serna between 1823 and 1824. In this sense, through an inductive method / qualitative and through the objective of analyzing the Colombian military cavalry campaigns from 1815 to 1824, the answer was given to the research question about what were the vicissitudes of the Colombian

cavalry during the nine years preceding the battles of Junín and Ayacucho, which allowed the consolidation of the independence of Colombia and Peru? Under the umbrella of the cultural history of Max S. Hering and Amada Carolina Pérez and the categories of strategy and tactics of Antoine-Henri Jomini in a historiographical current from below, the actions of the lancers were analyzed, who as the maximum representation of cavalry Colombians since the 17th century were cultivating within their imaginaries a victorious warrior who began by using cubarro palm spears on horseback to hunt feral bulls, and then facing experienced Spanish soldiers from the Napoleonic wars.

Keywords: Cavalry – strategy – tactics – republic

Balance historiográfico

Sobre la participación de Colombia en la guerra de independencia del Perú en los comienzos del siglo XIX, se han encontrado decenas de autores quienes han escrito sobre el tema en cuestión y entre ellos, los relevantes sobre la estrategia y táctica militar se reducen a una decena de libros institucionales y autores quienes de forma descriptiva realizan el recuento de la campaña militar. Entre estas obras encontramos la *Historia de las Fuerzas Militares Tomo II* del general Álvaro Valencia Tovar, la cual, a partir de las fuentes de O´Leary y archivos del Archivo General de la Nación de Colombia, nos relata la participación de los batallones que conformaron el Ejército de Colombia Auxiliar del Perú, indicando su origen, procedencia y en qué campañas militares habían participado desde la creación de la República de Colombia con sus tres departamentos (Venezuela, Cundinamarca y Quito) luego de la firma de ley fundamental del Congreso de Angostura en febrero de 1819 (Valencia, 1993). La obra de Valencia Tovar no solo abarca la descripción de las tropas terrestres, sino también de los buques o barcos empleados para transportar estas tropas desde Venezuela hasta el puerto de Guayaquil a través del istmo de Panamá.

Por otro lado, en el centenario de la batalla de Ayacucho, el congreso colombiano en 1924 reconoció la gran obra de tres tomos del entonces teniente coronel Carlos Cortés Vargas, la cual fue reeditada en 1946 cuando el coronel alcanzó el grado militar de "general" y se tituló *Participación de Colombia en la libertad del Perú*. El primer tomo hace referencia a las campañas militares con sus respectivas batallas previas a la campaña del Perú como lo fueron las de Pichincha, Bombona y Carabobo (Cortés Vargas, 1946a), mientras que, el segundo tomo hace referencia a la campaña militar del Perú para obtener su independencia (Cortés Vargas, 1946b) y el tomo III, que en mi consideración es el mejor, nos entrega una compilación de fuentes primarias sobre la campaña militar del Perú, las cuales se encuentran en el Archivo General de la Nación de Colombia (Cortés Vargas, 1946c). Los tres tomos de Cortés Vargas además de basarse en los archivos anteriormente mencionados, también se basan en las memorias del general William Miller, las memorias del general Daniel Florencio O'Leary, el archivo del general Santander, la gaceta colombiana y los documentos para la vida pública del Libertador.

Así mismo, Francisco Alejandro Vargas en su obra *La Guardia de Honor del Libertador Presidente Tomo II,* nos hace una descripción amplia y detallada de los diferentes batallones y escuadrones que formaron parte de la Guardia de Honor y entre estas unidades militares se encuentran las que participaron en la campaña militar del Perú (Vargas, 1975). De relevancia en esta obra además de la descripción de las batallas y el origen de cada unidad militar, es la transcripción de los nombres de los militares que conformaron cada compañía, cada batallón, cada escuadrón, cada brigada y cada división. Desafortunadamente para los lectores, la relación de las fuentes primarias o secundarias no se encuentran en la obra y esta particularidad es importante cuando se trata de hacer una triangulación de fuentes que permitan al investigador lograr la objetividad deseada. Otros autores, aunque describen la campaña militar del Perú y la participación de la República de Colombia de 1819 en ella, hacen una excelente descripción de la campaña militar imbricada con los hechos políticos y en menos proporción, con los hechos sociales y económicos. Aun así, la interpretación de las fuentes primarias es responsable, tratando de alejarse del matiz del patriotismo, para acercarse a una objetividad en el ejercicio de la disciplina de la historia. Entre estas obras encontramos *José María Córdova* de Pilar Moreno de Ángel (Moreno, 1977), el *General de División José María Córdoba* de Álvaro Valencia Tovar (Valencia Tovar, 1974), el *Bicentenario Ejército del Perú Republicano 1821 – 2021. Unidos a la historia* (Ejército del Perú, 2020), el *Compendio de la Historia General del Ejército del Perú. 3000 años de historia* (OIE, 2001), y la *Historia Militar del Perú* (Dellepiane, 1977).

Como la presente investigación culmina en 1824 con la participación de los colombianos en la batalla de Ayacucho, se trató de agotar la disponibilidad de obras y literatura existente para lograr un fuerte Estado del Arte y poder hacer una abstracción de la información requerida para tratar el tema en cuestión. En este sentido, algunos autores que se emplearon para abstraer las vicisitudes de los soldados en las campañas militares desde 1815, fueron Camilo Riaño con el *Análisis histórico – Militar del combate del Pantano de Vargas* (Riaño, 1960) y la *Campaña Libertadora de 1819* (Riaño, 1969); Cayo Leónidas Peñuela con el Álbum de Boyacá (Peñuela, 1969); Héctor Publio Pérez con *La participación de Casanare en la guerra de independencia 1809-1819* (Pérez, 1987)*;* Álvaro Valencia Tovar con la *Historia de las Fuerzas Militares Tomo I* (Valencia, 1993); Roberto Ibáñez Sánchez con la *Campaña Libertadora de la Nueva Granada de 1819* (Ibáñez, 2009), la *Presencia neogranadina en Carabobo Tomo I* (Ibañez, 2021) y la *Campaña del sur 1822: Pichincha y Bomboná* (Ibañez, 1972); Gabriel Puyana García con la *Historia de la Caballería colombiana* (Puyana, 2009); Andrés Salamanca con *Armas de la independencia* (Salamanca, 2014); José Vicente Rodríguez y Luis Daniel Borrero con *La batalla del pantano de Vargas, 25 de julio de 1819* (Rodríguez, José y Borrero, 2014); Andrés Ricardo Otálora con *Bajo las alas del Cóndor. La salud de los ejércitos del Rey y Libertador en el Virreinato de Nueva Granada (1815 -1820)* (Otálora, 2018); Allan J. Kuethe y Juan Marchena con *Los soldados del rey. El ejército borbónico en América colonial en vísperas de la independencia* (Kuethe & Marchena, 2005); Delfín Rivera Salcedo con *Ramón Nonato Pérez, El tigre* (Rivera, 2015); Miguel Matus Caile con la *Historia de Arauca* (Matus, 1992); Carlos Delgado Gómez y Francisco Díaz Márquez con *La caballería en*

la marcha por la ruta libertadora: Morcote – Socha. Una aproximación (Delgado & Diaz, 2016); y Clément Thibaud con *República en armas, los ejércitos bolivarianos en la guerra de independencia en Colombia y Venezuela* (Thibaud, 2003).

Marco teórico

Como se mencionó con anterioridad, esta investigación se desarrolló bajo la sombrilla de la historia cultural de Max S. Hering y Amada Carolina Pérez y las categorías de estrategia y táctica de Antoine-Henri Jomini como corriente historiográfica desde abajo. La cultura es un repertorio amplio de códigos, convenciones, prótesis, instrumentos, reglas de significados, prohibiciones y prescripciones que limitan y a la vez hacen vivir, pero que también sirven para mejorar o empeorar la relación con el entorno social o físico, por ello desde la antropología hasta la historia existe una multitud de formas para entenderla (Serna & Pons, 2005).

El objeto común de la historia cultural es la historia desde abajo, la gente del común, su comportamiento y cómo se representan frente a la sociedad. Por eso, a través de una corriente historiográfica de perspectiva antropológica se ha estudiado al hombre de abajo en temas como la ética, la disciplina, los desórdenes, las costumbres o el folclore y los diferentes recursos que tiene a su alcance para vivir y manifestarse (Serna & Pons, 2005). En este sentido, las vicisitudes de la caballería colombiana en las guerras de independencia del siglo XIX se pueden analizar bajo este concepto general de la historia cultural y la categoría de los imaginarios. El imaginario, como conjunto de imágenes mentales permite reconstruir cómo se han significado las formas de percibir un contexto específico (Hering & Pérez, 2012). Esta categoría de análisis permite indagar la forma como ven el mundo los soldados, rescatando nuevas significaciones sociales, las cuales se obtienen de las relaciones entre las prácticas y las representaciones. Estos imaginarios son históricos, se producen en la sociedad y son transferidas del pasado aunque también pueden ser consecuencias o creaciones del momento, reflejando estructuras o una realidad institucional, pero también pueden ser imaginarios desde abajo (Hering & Pérez, 2012). En cuanto a la categoría de la estrategia y la táctica, podemos encontrar muchos autores del presente para analizar las guerras, pero, para evitar anacronismos, es indispensable recurrir a los autores leídos por Simón Bolívar, o en su efecto, un autor que en la época decimonónica haya estudiado la guerra a partir de la concepción de la ciencia. En este sentido, podríamos haber escogido al conde Raimundo Montecuccoli o Federico II, o el conde de Guibert como parte de la escuela renovadora que sería la base de la táctica de los ejércitos de la revolución, como las llevadas a cabo por Napoleón o por las realizadas en la independencia de América (Falcón, 2006), pero, para una mejor manera de entender la guerra decimonónica se empleará al conde Henry Antoine de Jomini quien en su *Compendio del Arte de la Guerra* nos dejó muchas enseñanzas. Para Jomini la guerra se componía de la estrategia, la gran táctica, la logística, la táctica del detalle y el arte del ingeniero y del artillero (De Jomini, 1991).

La guerra para Jomini era lo macro y se desarrollaba para la seguridad del Estado o el mantenimiento del equilibrio y alcanzar un objetivo. Dentro de la guerra se realizaban las campañas militares y dentro de estas se realizaban las batallas y los combates. Una campaña militar significaba ejecutar una serie de actividades operacionales y logísticas para lograr cumplir un objetivo estratégico dentro de un tiempo y espacio determinado, mientras que la estrategia era la forma como se debía desarrollar esa campaña militar. El enfrentamiento del ejército con el enemigo se denominaba batalla y dentro de esta podían suceder muchos combates en diferentes puntos o en solo punto, pero lo importante era lograr el objetivo, sobrepasarlo y adoptar un segundo objetivo (De Jomini, 1991). Siguiendo a Jomini, la actuación de las tropas en la batalla y en los combates se le denominaba táctica, de aquí que la táctica era el combate y la estrategia era toda la guerra antes y después del combate.

Antes de la Revolución francesa, los ejércitos se movían y combatían por regimientos y brigadas concentradas en un solo cuerpo de batalla dividido en primera y segunda línea, ambas con dos alas en las que se ubicaba la caballería y la artillería al frente de cada línea. Este método simplificaba la logística para este tipo sencillo de formación, pero para un ejército de más de cien o ciento cincuenta mil hombres que producía columnas interminables originaba frecuentes derrotas (De Jomini, 1991). Con la Revolución francesa apareció el sistema de divisiones, con lo cual cambió la antigua forma de ir a las batallas y proporcionó fracciones capaces de moverse por su propia cuenta en cualquier terrero, volviendo casi a la organización legionaria de los romanos. Estas divisiones compuestas por infantería, caballería y artillería maniobraban y luchaban independientemente y en este sentido, los oficiales comandantes de las tropas patriotas aplicaban estas organizaciones y formaciones para ir al combate.

Desarrollo de la investigación

Para responder a la pregunta de investigación sobre ¿Cuáles fueron las vicisitudes de la caballería colombiana durante los nueve años precedentes a las batallas de Junín y Ayacucho, las cuales permitieron consolidar la independencia de Colombia y el Perú? se realizó un análisis crítico documental y hermenéutico a las fuentes primarias de quienes estuvieron presentes en las diferentes campañas militares, como también a otras fuentes primarias que hacen referencia a los hechos motivo de estudio.

Desde 1811 y hasta 1824 se desarrollaron decenas de batallas enmarcadas en varias campañas militares en las cuales, la naciente república de Colombia (Venezuela, Cundinamarca y Quito) va a participar para lograr su independencia y consolidarla a través del apoyo a otras nacientes repúblicas como las del Perú y la de Bolivia. Campañas como las del Sur, Admirable, bajo Magdalena, Libertadora y del Perú acompañadas de otras acciones heroicas se realizaron en todo el territorio de las actuales Repúblicas de Venezuela, Colombia, Panamá, Ecuador, Perú y Bolivia, donde centenares de patriotas y extranjeros a favor de la independencia dieron sus vidas en batallas como Bajo Palace

en 1811; de Cúcuta y Bárbula en 1813; Alto Palacé, Calibio, San Mateo, Juanambú y Tacines en 1814; Rio Palo, Cachirí, Chire y el asedio a Cartagena en 1815; Cuchilla del Tambo, Mata de Miel, Guachiría y de la Plata en 1816; Tocaría, Pore, Tame, Mucaritas, Matasiete y Chire en 1817; Calabozo, La Puerta o Semén y Laguna de los Patos en 1818; Queseras del Medio, Paya, Tópaga y Gámeza, Pantano de Vargas, Pientá, Boyacá y San Juanito en 1819 (Cardona Angarita, 2019); Chorros Blancos, Laguna Salada, Pitayó y Ciénaga en 1820; El Calvario, San Juan y Carabobo en 1821; Bomboná y Pichincha en 1822 y Junín y Ayacucho en 1824 entre otras (O´leary, 1883).

Estas campañas militares fueron llevadas a cabo por militares criollos, quienes aprendieron de la estrategia y las tácticas militares a través de los manuales y libros provenientes de Europa escritos desde el siglo XVIII por importantes tratadistas de la guerra como Raimundo Montecuccoli, Mauricio de Nassau, Gustavo Adolfo, Federico el Grande y el Conde de Guibert entre otros (Paret Coord, 1992). Además de ello, con las reformas borbónicas de Carlos III en 1762 se crearon las milicias disciplinadas para ser cuerpos auxiliares a las tropas regulares del rey teniendo como base para su uso, reglamentos y ordenanzas españolas como el *Reglamento para las milicias de infantería y caballería de la isla de Cuba* (Carlos III, 1793) y el *Reglamento para el ejercicio y maniobras de infantería* (Thibaud, 2003) entre otros. Estas unidades paralelas a los ejércitos de dotación y de refuerzo de los españoles, terminarían siendo las bases de las unidades militares patriotas independistas más adelante, las cuales siguiendo a Jomini, se organizarían en divisiones con sus respectivas brigadas y batallones para poder desarrollar la estrategia y la táctica con las cuales se tenían que enfrentar a las experimentadas tropas españolas.

Jomini manifiesta que la estrategia o arte de dirigir correctamente las masas sobre el escenario de guerra para invadir o defender un país, requería de un buen sistema de reclutamiento, de una buena formación, de una disciplina fuerte sin ser humillante, de un buen Estado Mayor general, de un buen sistema de abastecimientos y de un buen sistema de organización del mando de los ejércitos y de la alta dirección de las operaciones entre otras consideraciones (De Jomini, 1991). Estos aspectos fueron muy bien tenidos en cuenta por los altos mandos militares colombianos, quienes lograron en 14 años sostener las campañas militares a pesar de haber sido derrotados en varias ocasiones por los españoles y las tropas leales al rey de España Fernando VII. La titánica labor de Simón Bolívar iniciada por sus antecesores Antonio Nariño y Francisco de Miranda va a dar su resultado militarmente el 9 de diciembre de 1824 con la victoria de las tropas patriotas sobre las tropas españolas.

El coronel Emmanuel Roergas Serviez en 1816, culminando sus campañas militares del norte de la naciente república y recogiendo lo que quedaba del ejército de las Provincias Unidas de la Nueva Granada (actual Colombia) luego de la reconquista del general español Pablo Morillo, exponía las vicisitudes de los soldados criollos, quienes ocho años más adelante en Ayacucho, lograrían por fin ver libre a la América,

> la desnudez y miseria á que he encontrado reducido este ejército es inexplicable, y Usía puede suponérsela después de una derrota como la de Cachirí, antes de la cual hacía por lo menos seis meses que no recibía vestuarios. Hay soldados que sin chaqueta ni camisa se cubren solo con la frazada; espectáculo que no puede mirar con indiferencia un Jefe sensible, amante de la disciplina, casi imposible de establecerse entre soldados desnudos y a quienes se les falte con lo más preciso para la subsistencia (Restrepo, 1891, p. 99).

Ahora, recordando la categoría de los imaginarios de la historia cultural, la base fundamental de estos ejércitos fue el soldado llanero colombiano, quien tenía también raíces indígenas como se puede observar en el soldado Inocencio Chincá indígena sikuani o Guahibo, quien alcanzó el rango sargento y murió en la batalla del Pantano de Vargas en 1819. En los siglos XVII y XVIII la región de la Orinoquía en Colombia fue encargada a órdenes religiosas jesuitas, franciscanas, agustinianas y dominicas que redujeron y adoctrinaron a los indígenas mediante la fundación de pueblos, el estudio de las lenguas, formación de vocabularios y la traducción de catecismos (Martínez, 2010). Los llanos orientales eran feraces, despoblados y bravíos, y los indígenas se encontraban adaptados a estas condiciones (Mesa, 2012) ya que desde el siglo XVII, ya habían domado al caballo y venían dominando la lanza de cubarro para cazar toros cimarrones mediante la organización de mutas y mesnadas, las cuales van a ser importantes para vencer a los españoles en varias batallas ocurridas en los llanos orientales en el siglo XIX (Thibaud, 2003).

Luego de la reorganización del Ejército colombiano entre 1817 y 1819, con infantería y caballería, el soldado llanero se integró a unidades extranjeras como el batallón Rifles, como lo describe O'Leary: "Obra de trescientos ingleses acompañaron al presidente [Bolívar] desde Angostura hasta San Juan, donde se aumentó este batallón extranjero con la incorporación de muchos de sus paisanos que se había alistado en los batallones criollos" (O'Leary, 1883, p. 531) y como se describió anteriormente, las tropas se dividían en infantería y caballería, pero dentro de las unidades estaba implícita la artillería, los zapadores y la logística. Aun así, las diferencias entre soldados a caballo y a pie eran evidentes,

> El llanero, hombre de á caballo, mira con marcado desprecio al soldado de á pie y este sentimiento se aumenta y cobra las proporciones de absoluto disgusto, cuando se ve obligado á sostener al peón su camarada, con sus fatigas y trabajo personal para vengarse, el ganado que destinaba para la infantería era generalmente el de peor calidad, y el infeliz infante tenía que contentarse por toda ración con dos libras de miserable carne (O'Leary, 1883, p. 531).

Conformada y organizada la Vanguardia y la Retaguardia del Ejército Libertador colombiano, en mayo de 1819 se decidió marchar hacia Santa Fe donde se encontraba el Virrey de la Nueva Granada Juan Sámano. En esta campaña militar libertadora que inició en los llanos orientales y terminó en las Andes colombianos, se presentaron varias vicisitudes del soldado patriota de caballería,

> No había pan ni cosa que los sustituyese, á ningún precio, ni sal, sin la cual la carne no solo era insípida, sino insalubre para el recluta indígena. Si este alimento diario era poco apetitoso, para el soldado criollo, era lo menos, y con sobra de razón, para el oficial británico, quien sin embargo soportaba con la más laudable resignación estas penalidades (O'Leary, 1883, p. 531). […] Muy difícil es dar idea cabal de los padecimientos del ejército en sus marchas por aquellas llanuras abrasadas por los rayos de un sol de fuego, que ni una nube vela desde la mañana hasta la tarde. Agobiadas por el calor, sin un arbusto si quiera que les diera sombra durante la jornada, ni una gota de agua que refrescara sus labios, y hora tras hora engañadas por las ilusiones ópticas tan frecuentes en aquellos parajes, las tropas llegaban tarde al vivac, donde les esperaba una escasa ración de carne flaca y sin sal (O'Leary, 1883, p. 538).

La llanura inmensa como el mar forjó a estos soldados, esta región que durante la colonia había defendido el imperio había sido visitado por el Barón de Humboldt, los jesuitas, los franciscanos, los capuchinos, los indígenas caribes y los esclavos que huían de las plantaciones, una región en las que en épocas de lluvia, los ríos se desbordaban cubriendo toda la sabana, el ganado era llevado a los sitios altos de las llanuras y en las noches se encendían hogueras para ahuyentar los animales salvajes. Durante la sequía el sol calentaba, la tierra se tornaba árida y se agrietaba, los caños se secaban y si los llaneros no encontraban un morichal podían morir de sed. Esta región hizo al llanero una persona independiente, arisca, fuerte y salvaje, le agudizó los sentidos, cazó tigres y se enfrentó a cuchillo con los caimanes. Aprendió a domar potros salvajes con la ayuda de su rejo y sus caballos no necesitaron herraduras ni sillas, andaba descalzo, usaba una camisa de lienzo basto, un pantalón que le llegaba a la rodilla y un enorme sombrero de paja, su alimentación consistía en pedazos de carne fresca o salada asada en palos sobre fuego abierto, acompañada de plátano o yuca (Moreno de Ángel, 1979). En las memorias del capitán Vawell, también se describía las penurias de este soldado patriota, al indicar el camino por los deltas de los ríos,

> Es un ancho arenal, cubierto de una raquítica planta espinosa; los peatones avanzan con dificultad, sobretodo los que carecen de calzado, y eran muchos en el ejército patriota. La falta de agua, en verano, estas incultas llanuras obliga á menudo a los jinetes á dejar sus cabalgaduras y a llevar las sillas hasta encontrar otra montura (Vawell, 1916, p. 162).

Mantener disciplinadas estas tropas, a pesar de contar con reglamentos, era muy difícil, debido a las arduas marchas de los soldados a través de la inmensidad de los llanos orientales, como se entiende por ejemplo en la toma de agua,

> Es por extremo difícil en tal ocasión hacer que se observe la disciplina militar, porque todos se salen de filas y se precipitan adelante, con esa mirada salvaje que es uno de los signos característicos de la sed. El agua en general bebíamos entonces era de color verdoso, llena de insectos y á veces conteniendo cuerpos de caballos y

> otros varios animales. Añádase á esto que los toros y los mulos que acompañaban el ejército se echan al estanque mismo tiempo que los soldados, y cuando se calma su sed se tumban y se revuelcan allí (Vawell, 1916, p. 163).

Entrado el mes de mayo de 1819, apenas iniciando la campaña libertadora, las lluvias hicieron que este soldado de caballería desconocido padeciera otras penurias en los llanos orientales, cuenta O'Leary que,

> Las lluvias llegaron y los riachuelos se convirtieron en ríos, para pasarlos, se construían botes de cuero con el fin de evitar que la humedad dañara el parque y para trasladar la parte de tropa que no sabía nadar, marcharon con el agua a la cintura por muchos días, acampando al raso en los sitios o lugares que el agua no había alcanzado a cubrir. Por todo abrigo llevaba el soldado una miserable frazada, pero ni aun de ella se servía para cubrirse, tanto era su empeño de proteger el fusil y sus municiones (O'Leary, 1883, p. 552).

Alejados de la incertidumbre de la batalla, en estas marchas, al toque de los tambores y redoblantes, los soldados pasaban por muchas penalidades. Llegados a Tame en junio de 1819, los soldados pudieron ser atendidos por el ejército de Vanguardia,

> A la ración ordinaria de carne pudo aquí añadirse un poco de sal y algunos plátanos, nada más necesitaba el soldado para olvidar sus penas y para concebir halagüeñas esperanzas de éxito en la campaña, que había comenzado bajo auspicios tan funestos (O'Leary, 1883, p. 552).

Hasta este momento, el soldado del Ejército libertador había caminado desde Mantecal hasta Tame, más de 400 kilómetros, sorteando toda clase de dificultades y se preparaba para subir los Andes. En este sentido, ahora se presentaba otro escenario, el más difícil y cruento, que al igual a los Andes peruanos, era el ascenso del páramo de Pisba y su llegada al altiplano cundiboyacense, donde el soldado libraría las batallas de Tópaga y Gámeza, Pantano de Vargas y Puente de Boyacá.

> Los llaneros contemplaban con asombro y espanto las estupendas alturas, y se admiraban de que existiese un país tan diferente del suyo. A medida que subían y á cada montaña que trepaban crecía más y más su sorpresa; porque lo que habían tenido por última cima no era sino el principio de otra y otras más elevadas, desde cuyas cumbres divisaban todavía montes cuyos picos parecían perderse entre las brumas etéreas del firmamento. Hombres acostumbrados a sus pampas a atravesar ríos torrentosos, á domar caballos salvajes y á vencer cuerpo á cuerpo al toro bravío, al cocodrilo y al tigre, se arredraban ahora ante el aspecto de esta naturaleza extraña […] Las acémilas que conducían las municiones y armas caían bajo el peso de su carga, pocos caballos sobrevivieron á los cinco días de marcha, y los que quedaban muertos de la división delantera obstruían el camino y aumentaban las dificultades de la retaguardia. Llovía día y noche incesantemente, y el frío

aumentaba en proporción del ascenso. El agua fría á que no estaba acostumbradas las tropas, produjo en ellas la diarrea (O'Leary, 1883, p. 561).

A medida que subían la cordillera, las lluvias eran más fuertes y las pequeñas quebradas se convertían en grandes torrentes de agua, pero el sueño de libertad, el sueño de lograr una nueva república apoyados por sus comandantes, le daban las fuerzas y la moral necesaria a este soldado patriota para vencer los obstáculos.

> A medida que nos acercábamos a las cordilleras, se desplegaba el panorama con sublimidad y grandeza indescriptibles, Al seguir avanzando, el frío se hacía penetrante y los ríos henchidos por las copiosas lluvias se precipitaban de las montañas con tal furia, que dos soldados fueron arrastrados y perecieron ahogados (Potter, 1955, p. 10).

> Pronto fue necesario que la caballería se encargase de llevar las armas y el equipo de los infantes, y estos tuvieron que formar dos líneas, agarrándose fuertemente de la mano cada tres soldados, porque el ímpetu de los torrentes era tan grande, que á menudo derribaba á los hombres y á veces los arrastraba. Bolívar cruzaba estos torrentes repetidamente, llevando á la grupa soldados débiles ó enfermos, o mujeres que acompañaban a sus maridos (Vawell, 1916, p. 166).

En el paso de los Andes, los animales solo encontraban como alimento musgo y líquenes, mientras que el cansancio, el frío y la falta de comida hacían débil al soldado que

> Era casi imposible impedir que se tumbasen, á causa del excesivo sopor que experimentaban. Este sopor es casi siempre un síntoma precursor de la muerte. Los que cedían á está fatal somnolencia no tardaban en ponerse lívidos, y morían sin dolor aparente, como víctimas de un ataque de apoplejía (Vawell, 1916, p. 171).

Hamilton Potter, también menciona la temeridad con que los soldados franqueaban los obstáculos,

> Muchas mulas fueron devoradas, para vadear los ríos los soldados se ayudaban de fuertes lazos hechos de cuero curtido —rejos—, pero no encontraron medio alguno para impedir la pérdida de sus fusiles y pertrechos. Con gran sufrimiento nuestros soldados cuyos pies sufrían máltrato horrible al andar descalzos bajo la lluvia por sobre rocas y guijarros (Potter, 1955, p. 13).

El soldado patriota era un soldado con altruismo y convicción hacia sus superiores y hacia su patria, pero la participación en la guerra de independencia lo ponía en riesgo de morir en el intento por la victoria. Muchos de ellos no lograron llegar a participar en las primeras batallas, tal como lo describió Hamilton Potter,

> El páramo dejó cuarenta soldados [quienes] yacían muertos a la orilla del camino, y tuve la tristeza de ver expirar algunos de estos moribundos a mi lado sin poderles prestar auxilio. En tan angustiosa situación hice todo esfuerzo para quitarles los fusiles, pero resultó baldío, pues se aferraban ferozmente a ellos hasta morir. Los pobres soldados les tocó acometer el paso del helado páramo de Pisba ayunos y semidesnudos, los soldados recogían hojas de frailejón para hacerse una yacija (Potter, 1955, p. 11).

Vicisitudes del soldado en la campaña militar del Perú

Luego de la huida del virrey Juan Sámano de Santa Fe en agosto de 1819, Bolívar envió sus generales a liberar el resto del departamento de Cundinamarca, enviando a Pamplona al general Antonio Anzoategui a preparar el camino de las tropas hacia Venezuela y al coronel José María Córdova a liberar Antioquia, para que, una vez hecha la tarea, reunirse con el general Mariano Montilla y liberar la Costa Atlántica. En los siguientes años y después de incorporar a los esclavos a las campañas militares (Pita, 2012), Bolívar lograría la liberación de Venezuela el 24 de junio de 1821 con la batalla de Carabobo, la del sur del departamento de Cundinamarca el 7 de abril de 1822 con la batalla de Bomboná y la liberación de Quito el 24 de mayo de 1822 con la batalla de Pichincha (Ibañez, 1972).

Los cuatro años de campañas militares por tierra y por mar desde Venezuela hasta el Perú, pasando por Cundinamarca, el Istmo y Quito van a continuar fortaleciendo el carácter de estas tropas de infantería, caballería, artillería, zapadores y de logística,

> Si la vista se cansa siguiendo sobre el mapa la ruta que he trazado, larga y penosa ¡cuántos no serían los sufrimientos y fatigas de aquellas tropas en esa marcha de más de setecientas leguas, por un país escasamente poblado, falto de los recursos más indispensables para la vida, empobrecido por la guerra, en una palabra, caso en el estado primitivo de los pueblos! (O´Leary, 1883, p. 127).

Vencedores en Boyacá y Carabobo, encontraron tumba prematura en todos estos viajes, la Nueva Granada sola había dado 20.000 reclutas y al llegar a Popayán estaban disminuidas por la deserción y por las enfermedades.

Al llegar al Perú, las tropas encontraron las arcas públicas vacías, las tropas que permanecían allí estaban totalmente desmoralizadas y casi en la miseria, mientras que los españoles ocupaban excelentes posiciones en los lugares donde estaban los recursos (O´Leary, 1883). Con el apoyo del general Francisco de Paula Santander vicepresidente de la República de Colombia y con los empréstitos de Londres, Bolívar logró equipar ocho mil guerreros listos para el combate, quienes, para llegar a la batalla con los españoles, pasaron muchas penalidades. La caballería independista dentro del Ejército Unido Libertador del Perú constaba de quinientos ochenta y nueve jinetes de Colombia, quinientos diecinueve jinetes del Perú y ciento veintidós jinetes de Argentina y Chile (Miller, 1910).

En su difícil paso por la sierra, los jinetes montaban las mulas y llevaba en cabestro los caballos de guerra o de respeto para evitar que se enfermaran y pudieran ser empleados a la vista del enemigo (Miller, 1910). La caballería en los Andes a más de 4.000 metros de altura soportaba la puna o el soroche con temperaturas a menos 3 grados Celsius en la desierta y oscura sierra y los precipicios dificultaban su marcha, tanto así, que los caballos no podían dar vuelta porque la vía era muy angosta y cuando un escuadrón iba en contra marcha, los caballos caían a los desfiladeros (Miller, 1910).

Para evitar que la inclemencia del clima afectara los equinos, los jinetes conservaban bien los caballos de guerra, calzándole los cuatro pies y cubriéndolos muy bien con mantas en la noche. Esta caballería que había unido varias nacionalidades en una sola causa estaba conformada por los llaneros de Colombia, los gauchos de las pampas de Argentina y los guasos de las pampas de Chile. Para alimentar la tropa, 6.000 cabezas de ganado vacuno reunidas desde Cajamarca seguían al Ejército independista a distancia de dos a tres días de marcha y se dejaban recibos a los dueños para que los gobiernos de Perú y Colombia los pagaran después. Para esta campaña, se emplearon mil bestias entre caballos y mulas, así como los víveres y recursos necesarios para que las tropas independistas llegaran rápido al Cerro de Pasco, mientras que, en ese sitio, los víveres y granos eran recogidos en la región por los pobladores a favor de la causa como los señores Cesáreo Sánchez e Hipólito Salcedo bajo la dirección del coronel Otero (Miller, 1910).

El suministro de raciones para la tropa durante la campaña generalmente se componía de carne sola, pues rara vez suministraban pan o maíz, el cual tostado en una cazuela de barro substituía perfectamente al pan y era un alimento delicioso para los indígenas. Cuando había bueyes en abundancia, el mando daba un novillo por día para cien hombres y si el ganado era escaso, se daba un solo novillo para doscientos hombres, lo cual se consideraba una ración escasa. Cuatro o cinco hombres formaban rancho juntos y tomaban en un solo turno la ración de carne la cual asaban o tostaban para comerla sin sal y en muchas ocasiones tuvieron que alimentarse con carne de llama, la cual era ordinaria e insípida (Miller, 1910).

Conclusiones

Desde 1815 hasta las batallas de Junín y Ayacucho en 1824, el lancero llanero colombiano, forjó su carácter en el agreste terreno de la geografía venezolana, neogranadina y quiteña, como también en las batallas y combates acumulados en las guerras de independencia de inicios del siglo XIX. Esta condición le permitió al llanero colombiano enfrentar sin temor a las experimentadas tropas realistas veteranas de las guerras napoleónicas, las cuales se encontraban en territorio peruano bajo el mando del virrey José de La Serna entre 1823 y 1824.

Mediante las memorias de quienes vivieron en carne propia las campañas militares de independencia, se logró dar respuesta a la pregunta de ¿cuáles fueron las vicisitudes

de la caballería colombiana durante los nueve años precedentes a las batallas de Junín y Ayacucho, las cuales permitieron consolidar la independencia de Colombia y el Perú? ya que, bajo la sombrilla de la historia cultural de Max S. Hering y Amada Carolina Pérez y las categorías de estrategia y táctica de Antoine-Henri Jomini en una corriente historiográfica desde abajo, se logró dilucidar cómo se desarrollaron las campañas militares desde la estrategia y la táctica, para luego sentir las penurias de un soldado curtido en diferentes climas, quien se hizo partícipe de las decenas de batallas que van a lograr la libertad de la América.

Esta sencilla investigación sobre el soldado de caballería patriota en las campañas militares de independencia de inicio del siglo XIX es una aproximación a la cantidad de fuentes existentes en los diferentes archivos sobre los soldados desconocidos, quienes soportaron infinidad de vicisitudes y siguieron a sus comandantes en su lucha por el proyecto de república. En este sentido, esta aproximación es una abierta invitación a los historiadores para que revivan esta historia desde abajo, ya que, cada campaña militar, cada batalla y cada combate trae consigo historias cotidianas desconocidas para quienes leen la narración llana de la campaña donde se mencionan principalmente a los militares de alto rango.

Referencias

Cardona Angarita, J. M. (2019). Los procesos de cambio en las estrategias y tácticas en los ejércitos patriotas en la independencia en *Boletín de Historia y Antigüedades*, *869*, 149–174.

Carlos III. (1793). *Reglamento para las milicias de infantería y caballería de la isla de Cuba de 1769*. Imprenta de la Real Casa de los Niños Expósitos.

Cortés Vargas, C. (1946a). *Participación de Colombia en la Libertad del Perú Tomo I* (Segunda). Imprenta del Ministerio de Guerra.

Cortés Vargas, C. (1946b). *Participación de Colombia en la Libertad del Perú Tomo II* (Segunda). Imprenta del Ministerio de Guerra.

Cortés Vargas, C. (1946c). *Participación de Colombia en la Libertad del Perú Tomo III*. Imprenta del Ministerio de Guerra.

De Jomini, H. A. (1991). *Compedio del Arte dela Guerra* (M. de Defensa (ed.); Pimera edi). Comprint S.A. - Argos.

Delgado, C., & Diaz, F. (2016). La caballería en marcha por la ruta libertadora: Morcote - Socha. Una aproximación. In *Gentes, Pueblos y Batallas, Microhistorias de la ruta libertadora* (pp. 123–146). UPTC.

Dellepiane, C. (1977). *Historia Militar del Perú. Tomo primero* (Sexta). Ministerio de Guerra.

Ejército del Perú. (2020). *Bicentenario Ejército del Perú Republicano 1821 - 2021. Unidos a la historia*. MISTYC ROSSE SAC.

Falcón, F. (2006). *El cadete de los Valles de Aragua, pensamiento político militar de la ilustración y los conceptos de guerra y política en Simón Bolívar, 1797 – 1814*. Universidad Central de Venezuela.

Hering, M., & Pérez, A. (2012). *Historia cultural desde Colombia, Categorías y debates* (M. Hering & A. Pérez (eds.)). Pontificia Universidad Javeriana Unviersidad de los Andes.

Ibañez, R. (1972). *Campaña del sur, 1822: Bomboná - Pichincha*. Imprenta de las Fuerzas Militares.

Ibañez, R. (2021). *Presencia neogranadina en Carabobo. Tomo I* (segunda). Academia colombiana de Historia.

Ibáñez, R. (2009). *La Campaña Libertadora de la Nueva Granada de 1819*. Academia Boyancense de Historia.

Kuethe, A., & Marchena, J. (2005). *Los soldados del rey, el ejército en América colonial en vísperas de la independencia*. Univeritat Jaume I.

Martínez, M. (2010). *Caracterización de los pueblos indígenas en riesgo, "Segundo Informe: Indígenas de los Llanos del Casanare y Arauca: Sicuani. Wäpijiwi y Sáliba"*. Ministerio de Cultura - ICANH.

Matus, M. (1992). *Historia de Arauca*. Tercer mundo.

Mesa, A. (2012). Un lancero olvidado. *Los Sueños Palmiranos*, *14*, 72. https://www.calameo.com/read/0011930878f89aecf4a77

Miller, G. (1910). *Memorias del General Guillermo Miller al servicio de la República del Perú. Traducidas al castellano por el General Torrijos. Tomo II*. Librería General de Victoriano Suárez.

Moreno de Ángel, P. (1979). *José María Cordoba* (Instituto).

Moreno, P. (1977). *José María Córdova* (Biblioteca). Academia colombiana de Historia Editorial Kelly.

O'Leary, D. (1883). *Memorias del Genreal O' Leary Tomo Primero. Tomo XVII*. Imprenta el Monitor. https://memoriasdeoleary.com/coleccionoleary/

O´leary, D. (1883). *Memorias del General O'leary Tomo XXVIII*. El Monitor.

OIE. (2001). *Compendio de la Historia General del Ejército del Perú. 3000 años de historia. Vol. I* (Oficina de información del Ejército (ed.)). Comisión Permanente de Historia del Ejército.

Otálora, A. (2018). *"Bajo las alas del Condor". La salud de los Ejércitos del Rey y Libertador en el Virreinato de la Nueva Granada (1815 - 1820)*. Universidad Nacional.

Paret Coord, P. (1992). *Creadores de la Estrategia Moderna. Desde Maquiavelo hasta la Era Nuclear*. Ministerio de Defensa.

Peñuela, C. L. (1969). *Albúm de Boyacá*. Gobernación Boyacá.

Pérez, H. P. (1987). *La participación de Casanare en la guerra de independencia 1809 - 1819*. ABC.

Pita, R. (2012). *El reclutamiento de negros esclavos durante las guerras de independencia de Colombia 1810 - 1825*. Academia colombiana de Historia.

Potter, J. (1955). *Viajes por el interior de las provincias de Colombia*. Imprenta del banco de la República.

Puyana, G. (2009). *Historia de la caballería colombiana*. Planeta.

Restrepo, V. (1891). Reseña biográfica del General Manuel de Serviez. *Revista Literaria*, *Junio-Agosto*.

Riaño, C. (1960). *Análisis Histórico - Militar del Combate el Pantano de Vargas Año del Sesquicentenario de la Independencia Historia*. Imprenta Departamental Tunja.

Riaño, C. (1969). *La campaña libertadora de 1819*. Andes.

Rivera, D. (2015). *Ramón Nonato Pérez, El tigre*. Panamericana formas.

Rodríguez, José y Borrero, L. (2014). La batalla del Pantano de Vargas, 25 de julio de 1819. *Las Otras Historias Del Pasado, Maguaré*, *28*(No. 2 Jul-Dic).

Salamanca, A. (2014). Armas de la independencia. In *Gentes, Pueblos y Batallas, Microhistorias de la ruta libertadora*. UPTC.

Serna, J., & Pons, A. (2005). *La historia cultural, Autores, obras, lugares*. Akal Ediciones.

Thibaud, C. (2003). República en armas. Los ejércitos bolivarianos en la Guerra de Independencia. In *Planeta*. file:///C:/Users/lau-g/AppData/Local/Mendeley Ltd./Mendeley Desktop/Downloaded/Thibaud - 2003 - República en armas. Los ejércitos bolivarianos en la Guerra de Independencia.pdf

Valencia, Á. (1993). *Historia de las Fuerzas Militares de Colombia*. Planeta.

Valencia Tovar, A. (1974). *General de División José María Córdoba*. Imprenta y Litografía de las Fuerzas Militares.

Vargas, F. (1975). *La Guardia de Honor del Libertador Presidente Tomo II*. Ediciones de la Presidencia de la República.

Vawell, R. (1916). *Memorias de un oficial de la legión británica, Campañas y Cruceros durante la guerra de emancipación hispano americana*. Editorial América.

JORGE MAURICIO CARDONA ANGARITA

Oficial del Ejército colombiano. Actualmente comandante del Batallón de Instrucción, Entrenamiento y Reentrenamiento No. 12 Prócer Juan Antonio Gómez Pascual. Doctor Cum Laude en Ciencias Sociales y Humanas de la Pontificia Universidad Javeriana, Magister (M.Sc) en historia de la misma universidad, Magister en Seguridad y Defensa de la Escuela Superior de Guerra, Especialista en administración de los recursos militares para la Seguridad Nacional, con Estancia doctoral en el Instituto de Sociología de la Universidad Católica de Chile, Miembro de número de las Academias colombiana de Historia y colombiana de Historia Militar. Investigador Asociado y par evaluador reconocido por el Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación de Colombia.